

Se sentaron y luego Carlota dijo lo siguiente como hablando consigo misma:

—Dejo sólo y por mucho tiempo á Maximiliano que únicamente conmigo se completa. Lo dejo sólo quizás cuando más me necesita, cuando está tan rodeado de malvados y de intrigantes. ¿Quiénes son en México sus verdaderos amigos? ¿Quién le dará el menor consejo con desinterés y sin segundas miras? ¿Quién se sacrificará por él cuando necesite de héroes y de mártires? El tan débil, tan vacilante, tan vago en sus apreciaciones, tan poco firme en sus ideas, tan poco seguro de las medidas que dicta, ¿qué hará el día en que se le presenten dificultades que le parezca imposible combatir y vencer? Es cierto que me ha jurado no abdicar mientras yo no regrese; pero ¿me lo cumplirá luego que se vea asediado de continuo por Bazaine y por todos los que van empujándolo al abismo? Yo no podía hacerme dos y tuve que abandonarlo.... era preciso, era preciso.... mi deber, mi alto deber de Emperatriz me decía á gritos que en mis manos estaba la salvación del imperio.... ¿por qué no había de apresurarme á cumplir con mi santa misión?.... Después, cuando vuelva será tiempo todavía de ponerlo en el buen camino, si es que se ha descarriado. Vuelva yo con mi maleta llena de millones y de documentos positivos que no representen vanas promesas, vuelva yo con las verdaderas bendiciones del Santo Padre que nos libren de las intrigas del clero mexicano, y aunque sea después de tres ó cuatro meses, siempre llegaré en buena hora para deshacer las maquinaciones con que hayan logrado hundir en no sé qué abismo á

Maximiliano. Yo le he aconsejado una y mil veces que viva alerta, que desconfié de todos, que no mueva un pie sin que el otro esté firme, que obre con prudencia y á la vez con energía, que á nada se comprometa, que no quite los ojos de nuestra dignidad imperial, que lo entretenga todo de la mejor manera posible mientras yo regreso.... pero apenas salgo, apenas llevo unos cuantos días de estar separada de su lado y ya me parecen siglos.... ¡Dios mío! dame valor, ¡Dios mío! protéjeme, ¡Dios mío! dános á mi marido y á mí las suficientes fuerzas para salir con bien de la árdua empresa en que nos hemos metido....

Y como si esta oración no bastara, cayó de rodillas y exclamó:—¡Padre nuestro que estás en los cielos...

Aurora algo sorprendida ante todo aquello que oía y de que no podía formarse entero juicio, se arrojó también y la ayudó á rezar.

El resto del viaje no tuvo peripecias y la *Emperatriz Eugenia* atracó en los muelles de *Saint-Nazaire* en la mañana del día 8 del siguiente mes de Agosto. Carlota con sus gentes y con las que salieron á recibirla entre las que se encontraba el ministro Plenipotenciario D. Juan Nepomuceno Almonte, llegó á París y se alojó en el Gran Hotel en donde de antemano se le habían preparado espléndidas habitaciones. Aunque no estaba anunciada oficialmente su visita á Napoleón, comenzó á chocarle que por parte de esto no se le hiciera ninguna clase de recibimiento.

Tanto el príncipe de Metternich, embajador de Austria como Gutiérrez Estrada y otros personajes, la tranquilizaron á este respecto, enseñándole los diarios en que por orden del gobierno se había desmen-

tido la noticia de su viaje, reputándola como una fábula. En consecuencia había motivos para creer que en el palacio de Saint-Cloud, donde estaba la corte por el momento, se ignoraba que la soberana de México hubiera llegado á París.

Al día siguiente que era el 10, después de haber pasado el anterior con la mayor ansiedad se consideró ya muy feliz á las seis de la tarde cuando se le anunció la visita de la Emperatriz Eugenia, y otras damas y caballeros de alto rango. Tal visita no revistió ninguna importancia; pero Carlota estuvo gozosísima y ya se consideró autorizada para presentarse al día siguiente en Saint-Cloud.

¡Por fin iba á ver con sus propios ojos hacia que lado se inclinaba la balanza en que se iban á pesar sus destinos y los de su querido Maximiliano!

Si Napoleón, si aquel hombre sombrío y faláz consentía en tenderles una mano verdaderamente amistosa, estaban salvados.

Casi no durmió aquella noche en medio del gozo que le había proporcionado la visita de Eugenia y las zozobras que sentía al pensar en la entrevista que tendría al siguiente día con Napoleón III. A media noche se levantó y oró: Aurora la oyó murmurar:

—Dios mío, dame fuerzas, dame elocuencia, dame mucho valor para luchar brazo á brazo con ese hombre.

Amaneció el día y se puso en marcha con su comitiva para llegar á Saint-Cloud exactamente á la hora que ella misma había fijado la noche anterior.

Fué recibida galantemente por la familia del Emperador menos por este que no se presentó.

—Y S. M? preguntó al fin Carlota á la Emperatriz Eugenia.

—Está muy indispuerto, muy indispuerto, contestó.

—¡Oh! ¡que contrariedad! Necesito absolutamente hablarle.

—Se lo mandaré avisar.

—Sería un favor tan grande para mí, hermana mía.

Napoleón se negó hasta tres veces, pero la princesa Carlota declaró que no se saldría del Palacio sin verlo y de tal modo siguió insistiendo que la misma Emperatriz Eugenia fué y se lo trajo.

—Señor, exclamó la desolada princesa cayendo de rodillas ante el soberano de Francia, dígnese V. M. escucharme.

Napoleón la levantó galantemente y la introdujo en su despacho. Allí mientras él se paseaba de un lado á otro con los brazos cruzados por la espalda, ella habló, habló mucho del nuevo imperio mexicano, de la protección que le debía la Francia y hasta llegó á decir que sería una cobardía que se abandonara á Maximiliano á su suerte cuando el mismo Emperador francés había dicho en ocasión solemne que su intervención armada en México era la página más gloriosa de su reinado. En resumen, le pidió Carlota á Napoleón III lo siguiente: cuadros completos de oficiales instruidos para formar el ejército mexicano; la relevación de Bazaine por Douay ó cualquier otro general; aplazamiento hasta Abril de 67 para la retirada del ejército francés que había en México y un respiro de dos años para el pago de la deuda.

Hubo una especie de altercado entre el soberano de Francia y le embajadora de México; pero despues de muchas palabras y muchas reconvencciones dijo el primero:

—Lo pensaré, lo pensaré y.... más tarde.... veremos.

Carlota comprendió que era fuerza retirarse y se despidió poniendo antes un *memorial* en las manos del Emperador francés en el que contestaba Maximiliano á todos los cargos que se le habían hecho y explicaba ampliamente su conducta y achacaba todo cuanto malo se había hecho á los jefes expedicionarios: ofreció la gran dama seguir concurriendo á Saint-Cloud hasta ser despachada y concurrió en efecto y se le dió á entender en cuatro conferencias más con Napoleón ó con sus ministros que conservara la esperanza, á la vez que el de relaciones extranjeras daba seguridades al embajador americano de que la presencia de la Emperatriz Carlota en París en nada cambiaba la resolución del Emperador francés de retirar cuanto antes sus tropas de México.

El 18 por la noche dijo Carlota á su amiga Aurora despues de volver de Saint-Cloud:

—Toda mi elocuencia se ha estrellado ante ese hombre de corazón de piedra. Mañana saldremos de esta tierra maldita.

Y para distraerse y pasear á la vez á sus convidados hizo un corto viaje por varias ciudades de Italia y de allí se embarcó en el vapor *Neptuno* para Miramar, encerrándose en sus antiguas habitaciones, cuyas ricas tapicerías fueron los testigos mudos de sus lamentos y del abundante llanto que derramó.

—¡Estamos perdidos! ¡estamos perdidos! murmuraba frecuentemente.

Todavía se distrajo un poco asistiendo á las fiestas que se dieron en esos días en Trieste y en su mismo castillo de Miramar; pero era necesario apurar todo el cáliz de la amargura y despues de veinte días de permanencia allí en que por fin supo toda la verdad, esto es, cuando ya no le cupo duda de que Napoleón solo la había entretenido con evasivas ú ofrecimientos insustanciales, pues que ya era público y notorio que había decidido retirar su protección á Maximiliano y recoger sus tropas de México, dijo ella el 17, despues de solemnizar el 16 por una incomprensible ironía de la suerte las fiestas de la independendia de su nueva patria, que el 18 se dispusiera el viaje para Roma.

Alguno de sus allegados quiso convencerla de que tal vez iba á sufrir humillaciones infructuosas, de que el Santo Padre cerraría los oídos á sus súplicas, como los había cerrado el déspota de Francia; de que su salud podía correr peligro con aquellas sacudidas; de que lo mejor era volver desde luego á México y sacar de allí al Emperador ó fortalecerlo en la lucha, si acaso se debía seguir luchando; pero ella contestó casi con altanería:

—He traído una misión que yo misma me impuse y debo cumplirla hasta el fin.

El viaje fué dilatado de propósito, pues que llegó á la ciudad pontifical hasta el 26 y se alojó en el Albergó di Roma, que era el hotel más elegante, con toda su comitiva, en donde recibió por la noche la visita del cardenal Antonelli, secretario de Pio IX.

Habil diplomático el tal cardenal, permaneció im-

penetrable ante las múltiples preguntas que le hizo la princesa, contestando á todas con dulzura, pero sin que nada significaran sus respuestas.

—¡Oh! estas aves de rapiña, exclamó la princesa luego que el cardenal se fué, son peores mil veces que todas las fieras de Paris.

Todos sus allegados se espantaron ante aquellas frases y cuando se retiraron no faltó quien dijera en el camino:

—Está muy rara la Emperatriz.

—Desde hace varios días está sosteniendo una lucha interior terrible, dijo otro de los cortesanos.

El día 27 se presentó en el Vaticano.

¿Qué fué lo que pasó entre ella y Pio IX? Nadie lo supo ni nadie lo sabrá jamás; pero el hecho fué que las personas que habían ido en su compañía hasta las antecámaras, la vieron salir con el semblante descompuesto, con la mirada extraviada, con las facciones todas desencajadas, con la cabellera suelta, con los puños crispados y pronunciando palabras incoherentes.

La crisis pasó por entonces como habían pasado otras en que la Archiduquesa se exaltaba pareciendo traspasar los linderos de la razón; pero siguió en los demás días hablando con el Papa y el día 29 entró como un torbellino hasta donde él estaba, se le abrazó y le dijo con una exaltación terrible:

—Napoleón me ha propinado un tósigo, Santo Padre, el embajador Velázquez de León y yo estamos envenenados!

Pio IX, que era el único hasta aquellos momentos que había sospechado toda la terrible situación y

que se sentía presa de algunos remordimientos, hizo esfuerzos poderosos para calmarla y luego para ponerla en la salud sin que nadie lo notara, procurando que la vieran, la observaran y la curaran sus médicos de cámara.

Todo fué en vano. Carlota decidió dormir en la misma residencia papal, porque estaba completamente bajo el dominio del delirio de la persecución. Todos los íntimos de la princesa exclamaron entonces á una:

—Napoleón y el Papa la han perdido para siempre.

Era verdad: la pobre joven que se decía Emperatriz de México, estaba loca!

